

sejo de la Congregación Alemana al secretario del cardenal Madruzzo, Minucio Minucci, joven veneciano que era tenido por uno de los mejores conocedores de las cosas de Alemania. Pertenecía además al cometido de Minucci obtener sobre el terreno noticias seguras sobre el estado del asunto, y caso que Gebardo no quisiese desistir de su propósito, informar de ello al nuncio en la corte imperial, Francisco Bonhómini, para que éste, acompañado y protegido por un comisario imperial, fuese a Colonia y allí formase causa al arzobispo apóstata. Además debía Minucci mover al cabildo de Colonia a obrar con decisión, y asegurarle el enérgico apoyo del Papa (1). Ya a 14 de diciembre se enviaron a Bonhómini breves con las necesarias facultades para proceder contra Gebardo. Una semana más tarde recibió el nuncio toda una serie de breves pontificios sobre el asunto de Colonia, los cuales iban destinados para el emperador, los príncipes electores de Maguncia y Tréveris, los duques de Baviera y Cléveris (2). Por el mismo tiempo se dirigieron instantes exhortaciones al nuncio pontificio en Madrid, Taverna, para que trabajase cerca de Felipe II a fin de que éste por una parte estimulase al emperador a resistir a las novedades de Gebardo, y por otra facultase a su gobernador de los Países Bajos, Alejandro Farnesio, para intervenir en caso necesario aun con las armas (3).

Mientras en Roma ya antes del envío de Minucci se consideraba la posibilidad de una deposición del arzobispo de Colonia tan olvidado de sus deberes, se dirigía al mismo tiempo la mirada a la persona que debía sustituir a Gebardo. Sólo podía para esto pensarse en un varón que por sus relaciones tuviera un firme apoyo, y pudiera levantar un poderoso ejército para combatir victoriosamente a Gebardo. Estas condiciones parecían darse en grado eminente en Ernesto de Baviera, cuyo hermano Guillermo había empuñado entre tanto las riendas del gobierno. Ernesto era además amigo del rey de España y del duque de Juliers, y como poseedor de los obispados de Hildesheim y Lieja y de las abadías imperia-

(1) V. *ibid.*, LIII, 332 s. Ya en 17 de diciembre de 1582 había escrito Gregorio XIII al obispo de Estrasburgo: *Disseminata jam diu sunt sermones pessimi de archiepiscopo Coloniensi, non possumus diutius tacere aut dissimulare...; rogamus quantum possumus, et de archiepiscopi ipsius vita et consiliis, quantum quidem extrinsecus apparere potest, nos certiores facere velis. *Archivo del distrito de Estrasburgo*, G. 172. Al principio del breve, por efecto de las relaciones de Madruzzo, es alabado el obispo a causa de su actitud en la dieta de Augsburgo. En 12 de enero de 1583 *recomienda el Papa los dos legados pontificios al obispo de Estrasburgo, y le exhorta a proceder con celo contra Gebardo. *Ibid.*

(2) V. *Relaciones de nunciatura*, I, 337 s., 341. Cf. Theiner, III, 323. Aretin, Maximiliano I, 257.

(3) V. *Relaciones de nunciatura*, I, 334 s., 341 s.

les de Stablo y Malmedy tenía ya una posición firme en la Alemania inferior. Había ciertamente la dificultad de que la colación de otro obispado era opuesta a las disposiciones de reforma del concilio de Trento, y más todavía, de que también Ernesto pertenecía al número de aquellos eclesiásticos, hijos de príncipes, que gozaban de los placeres del mundo de una manera poco conveniente para un eclesiástico. Pero la situación apurada obligó a cerrar los ojos a todo esto. Mucho pesó también en la balanza el que Ernesto fuese elegible por ser miembro del cabildo de Colonia, y que el año 1577 hubiese reunido para sí casi la mitad de los votos (1).

Pero entre tanto había aparecido una nueva candidatura; pues con la disimulada intención de elevar a su hijo, el cardenal Andrés de Austria, a la sede de Colonia, el archiduque Fernando había propuesto que se enviase a Andrés como legado a Colonia. En Roma se conoció al punto, que el acceder a las pretensiones de Fernando había de herir gravemente a Baviera sin ninguna utilidad, pues el cabildo de Colonia no aceptaría seguramente al hijo de una madre de nacimiento inferior, como era Filipina Welsler. Además Andrés era un personaje de demasiado poca importancia. Pero por otra parte tampoco se quería perder la ayuda del archiduque como ni la del emperador. Por eso Gregorio XIII se acomodó en parte al deseo de Fernando, en cuanto que en el consistorio de 31 de diciembre de 1582 nombró al cardenal Andrés junto con el cardenal Madruzzo legados para Colonia, con el encargo de incoar el proceso contra Gebardo Truchsess, pronunciar su deposición y preparar la nueva elección (2). Los intentos bávaros en el envío fueron hábilmente impedidos, por cuanto se agregaron al cardenal como acompañantes y consejeros los dos acreditados nuncios de la corte imperial y de Graz, Francisco Bonhómini y Germánico Malaspina, así como para seguir el proceso el auditor de la Rota Francisco Orano. Este ya el 5 de enero de 1583 con la bula de nombramiento y la instrucción para el cardenal Andrés emprendió desde Roma el viaje para Insbrück, desde donde de un modo bastante significativo de los verdaderos intentos de la curia, se apresuró en ir a Frisinga, para vencer el temor del duque Ernesto a una segunda derrota, y para moverle a que depusiese su tardanza y acelerase su viaje hacia el Rin, poniéndole ante los ojos el deseo del Papa (3).

(1) V. *ibid.*, LIII-LIV; Ritter, I, 596 s.

(2) V. Hirn, II, 179 s.; *Relaciones de nunciatura*, I, LVI s., 348; Lossen, II, 154 s. La agregación de Madruzzo, según Lossen (*loco cit.*), efectuóse sin duda solamente para precaver la sospecha de que en Roma eran demasiado partidarios de los deseos de Fernando; en su envío no se pensó seriamente, Madruzzo permaneció en Roma.

(3) V. *Relaciones de nunciatura*, I, 352 s., 358; Lossen, II, 161 s. Cf. también Unkel en el *Anuario Hist.*, XII, 517.

Entre tanto en Colonia, adonde Minucci como primer enviado del Papa llegó el 20 de enero de 1583, había acaecido la catástrofe. Ya por Navidad Gebardo Truchsess había hecho un regalo característico a sus súbditos católicos con la declaración de que Dios omnipotente y bondadoso le había sacado de las tinieblas del papado y llevado al conocimiento de su santa palabra, y que creía poder permanecer con buena conciencia en su vocación y estado, y quería también dar libertad para el ejercicio de la nueva religión. Conforme a esto el 16 de enero de 1583 desde la ciudad episcopal de Bona, de la que se había apoderado con la ayuda del conde Juan de Nassau, publicó una declaración correspondiente. Gebardo parece no haber tenido clara conciencia de lo peligroso de su empresa, pues su principal actividad consistía en celebrar fiestas divertidas, que ordinariamente terminaban en graves borracheras. Formó el apogeo de esta conducta loca y al mismo tiempo la confirmación nada sospechosa del paso de Gebardo al protestantismo su casamiento con Inés de Mansfeld, efectuado el 2 de febrero. Los más juiciosos entre los amigos protestantes del enamorado arzobispo se aterraron a vista de su precipitado proceder.

Con tanto mayor seguridad pudieron los católicos aceptar la provocación. El centro de la resistencia contra las novedades de Gebardo fué la ciudad imperial de Colonia, donde Minucci con grande habilidad atendió a los intereses católicos. Con la ciudad también el cabildo, exceptuados algunos pocos de sus individuos, salió animosa y resueltamente en defensa de la antigua fe, delante de todos el obispo auxiliar duque Federico de Sajonia-Lauenburg, hermano de Enrique de Brema, a quien Gebardo trocó de medio protestante y ardiente amigo en un decidido católico y acerbo enemigo, por cuanto le puso en perspectiva al principio la cesión del arzobispado y luego le hizo padecer una honda decepción quedándose con él. En la dieta convocada por el cabildo en Colonia los estamentos del Rin, los condes, la nobleza inferior y las ciudades se declararon contra Gebardo (1). Este mismo se mostró cada vez más hombre insignificante y débil. Desde que se presentaron en Aquisgrán tropas españolas, no se sintió ya seguro en Bona; por eso luego después de su boda se retiró a las comarcas vestfalianas de la mitra, donde para confirmar la manera como entendía la

(1) V. Lossen, II, 91 s., 104 s.

libertad religiosa, puso por obra la violenta opresión de los católicos y una horrible destrucción de imágenes (1).

Da a conocer bien a Gregorio XIII como riguroso jurisculto y prudente político el que a pesar del proceder provocativo de Gebardo, no quiso dar ningún paso precipitado. El celoso nuncio Bonhómini a la noticia de la abierta apostasía del arzobispo de Colonia, había representado al cardenal Galli el 15 de enero de 1583 todavía desde Viena, que ahora no era ya necesario incoar un proceso formal, pues el Papa sin otra prevención podía pronunciar la deposición de un hereje notorio. Esta opinión fué también la de los miembros de la Congregación Alemana y de seis cardenales encargados de tratar este negocio (2). A pesar de esto Gregorio XIII como jurista tuvo reparo de acceder a ello; tampoco quiso desairar al cardenal Andrés, anticipándose de semejante manera a su encargo. Pero como el viaje del cardenal Andrés a Colonia fué violentamente interrumpido por las asechanzas del conde palatino Juan Casimiro, pareció que había peligro en la dilación. A la noticia de ello obró Gregorio ahora rápida y resueltamente. Al anochecer del 21 de marzo de 1583 hizo convocar para el día siguiente un consistorio secreto, en el cual pronunció la deposición de Gebardo (3).

La bula de deposición, fechada el 1.º de abril de 1583 (del nuevo calendario), y firmada por el Papa y todos los cardenales, se funda en que Gebardo Truchsess, sin embargo de todas las disuasiones del Papa, se había aliado con los herejes para retener en su auxilio el arzobispado de Colonia a pesar de su casamiento. Luego menciona su matrimonio, contraído públicamente ante un predicante hereje, la ocupación de Bona, efectuada violentamente y en oposición con el cabildo, y la de otros lugares del arzobispado, y la guerra que por esto se había encendido. Añade que como estos delitos eran notorios, había el Papa retraído a sí el conocimiento de la causa que había confiado al cardenal

(1) Sobre esto pueden verse datos más particulares en Janssen-Pastor, V¹⁵⁻¹⁶, 35 s. El príncipe de Waldburg en una *carta a los cardenales, fechada a 22 de febrero de 1583, lamentó la apostasía de su hermano, e hizo protestas de su fidelidad. Vatic. 6416, p. 93, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. Relaciones de nunciatura, I, 387, 435 s., 441 s.

(3) V. las Acta consist., *ibid.*, 473. Cf. Unkel en el Anuario Hist., XII, 520 s. Ya antes habían sido ordenadas especiales oraciones por Alemania. Alaleone *refiere al 11 de febrero de 1583: Pontifex descendit pedester ad s. Petrum orationis causa propter iubilaem plenarium ad exstirpandam haeresim, augendam fidem catholicam in Germania et unionem principum. Diario, p. 10^b, Cód. Barb. de la *Biblioteca Vatic.*

Andrés como legado, y al mencionado Gebardo Truchsess, aunque él de suyo estaba privado de todos los derechos, con consejo y aquiescencia de los cardenales, de ciencia cierta y con plenitud de potestad, supliendo cualquier defecto de derecho como notorio hereje, perjuro, rebelde y excomulgado lo había declarado separado del cuerpo de la Iglesia católica como miembro podrido, así como desposeído de todas las dignidades, cargos y beneficios. Según esto se exhorta al cabildo a elegir lo antes posible un nuevo arzobispo (1).

Con esta bula llegaron también ya a Colonia los primeros envíos de dinero del Papa (2), donde desde el 28 de marzo se hallaba Malaspina, y desde el 20 de abril también Bonhómini. Entre los poderes que se enviaron el 4 de abril para Bonhómini, estaba también la facultad de nombrar en caso extremo de necesidad un nuevo arzobispo independientemente y sin el cabildo, después de transcurrido el plazo de tres meses para la elección (3). Con todo no se llegó a hacer uso de esta disposición, prevista en el Derecho canónico. Bajo la dirección de Bonhómini, que desde el principio fué el verdadero hombre de confianza de la curia, los delegados pontificios prepararon la nueva elección; especialmente se esforzaron por excluir de este acto a los canónigos protestantes, y sus conatos tuvieron al fin el deseado buen éxito. Logróse también remover todas las otras dificultades. Después que Ernesto hubo satisfecho a los demás pretendientes, con donativos pecuniarios, efectuóse el 2 de junio (23 de mayo) su elección unánime para arzobispo de Colonia (4). Para combatir el mal en su raíz, Bonhómini, que también en esto se mostró resuelto campeón de la restauración católica, persistió en que fuesen excluidos del cabildo los miembros protestantes, y publicó un decreto por el cual nadie debía en adelante ser admitido en el cabildo sin pronunciar la profesión de fe tridentina. Simultáneamente se afaná el nuncio por la reforma moral del clero de Colonia (5).

(1) La bula se halla impresa defectuosamente en Isselt, 227 s.; más exacta es la impresión que hay en Leonharti Waramundi Turingi admonitio in anathematismum, quo Gregorius XIII Gebh. Truchsessium damnavit, Lugd. Bat. 1583. Cf. Lossen, II, 235, 251 s.; Bezold, II, núm. 171.

(2) V. *ibid.*, núm. 126.

(3) V. Relaciones de nunciatura, I, 482.

(4) V. Unkel en el Anuario Hist., XII, 525 s.; Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, xxxv; Lossen, II, 258-298.

(5) Cf. Relaciones de nunciatura, I, 578, 584, 596, 599, 617; Theiner, III, 398; Unkel en el Anuario Hist., XII, 531 s.; Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, xxxvi; Lossen, II, 315 s., 320 s.

El gran triunfo alcanzado en Colonia, el cual ofrecía también un ejemplo amonestador para otros obispos que vacilaban en la fe (1), no podía ciertamente considerarse completo, por cuanto Ernesto no era tampoco un personaje intachable. Habiendo entrado a disgusto en el estado eclesiástico, llevaba una vida de ninguna manera moral, como la mayor parte de los príncipes seculares de su tiempo. Con razón lamentaban los jesuitas la trágica suerte de la Iglesia alemana, de que no se hubiese podido hallar una más digna cabeza para la Colonia santa, ni siquiera en tan peligrosas circunstancias (2). Pero siempre ofrecía Ernesto a lo menos la seguridad de que, después que Gebardo había apelado a las armas, la guerra de Colonia tendría unidad de dirección, y el duque Guillermo V de Baviera arriesgaría todos sus medios de auxilio en favor de su hermano.

En su proceder Gebardo había puesto la principal esperanza en la ayuda extranjera, pero se vió defraudado: los rebeldes de los Países Bajos no le pudieron prestar ninguna ayuda, porque allí los españoles llevaban por entonces la ventaja, Francia fué impedida de intervenir por su división interior, ni tampoco en sus nuevos correligionarios de Alemania halló Gebardo en manera alguna la ayuda resuelta y concorde que había esperado. Fué en esto decisiva la conducta del príncipe elector Augusto de Sajonia, a quien la idea de la unidad del imperio y la conservación de la Paz religiosa de Augsburgo, que no permitía la mudanza de religión de un príncipe eclesiástico sino con la pérdida de su dignidad y derechos, parecieron más importantes que una ulterior penetración del protestantismo. Además temió Augusto, que Gebardo se juntaría con los calvinistas (3). Así que sólo la casa del Palatinado, principalmente el conde palatino Juan Casimiro, los condes de Wetterau y algunas ciudades se pusieron de parte de Gebardo. Pero su apoyo fué tanto menos suficiente, cuanto el Papa hizo valer enérgicamente todo el peso de su autoridad y toda la superioridad de su diplomacia, ganando al emperador y sabiendo unir muy hábilmente la política de la casa de Baviera con los intereses católicos (4).

(1) Se tenían entonces temores aun en Roma respecto del arzobispo de Maguncia, Wolfango de Dalberg; v. Relaciones de nunciatura, I, 516, 520, 626 s. Sobre Wolfango cf. A. L. Veit, Iglesia y cosas eclesiásticas en Maguncia, 25 s.

(2) V. Janssen-Pastor, V¹⁵⁻¹⁶, 38.

(3) V. Riezler, IV, 643. Cf. Jansen-Pastor, loco cit., 41 s.

(4) Cf. Hansen (Relaciones de nunciatura, I, LXIV), quien como el mejor conocedor da este juicio: «El buen éxito de la restauración católica en Colonia, y sobre ello no permiten dudar en modo alguno los documentos existentes, se ha de atribuir en primer lugar al gobierno pontificio, que en esto tomó la delantera, y no, como se suponía hasta ahora, a Guillermo, duque de Baviera, hermano del nuevo arzobispo. La curia intervino la primera con gran decisión y seguridad en las revueltas de Colonia, y su política no se dejó apartar del camino tomado por ningún obstáculo. A esta hábil dirección debió ella su triunfo en una empresa, tan importante en su esencia, pero ejecutada